

La calle
Diario de un espectador
Las leyes del querer
por miguel ángel granados chapa

para el martes 21 de abril de 2009

El miércoles pasado se cumplieron 52 años de la muerte de Pedro Infante. Este aniversario estuvo marcado por la presentación del libro de Carlos Monsivais titulado Pedro Infante. Las leyes del querer, cuyas primeras líneas reproducimos ahora:

“Lunes de Semana Santa. 15 de abril de 1957., el día en que murió Pedro Infante. Entre las 7.45 y las 8.00 de la mañana en Mérida, Yucatán, se estrella el avión de Tamsa con sus ocupantes, el piloto Víctor Manuel Vidal, el copiloto Pedro Infante Cruz (capitán Cruz) y el mecánico Marciano Bautista. También mueren dos vecinos. Ante la prensa, los mecánicos evocan los comentarios de Infante al subir al avión: ‘Tengo que estar muy almeja, muy vivo, porque si no podría darme tremendo guayabazo y ¡válgame la Virgen!, ni Dios lo permita’

La noticia estremece —literalmente— al país entero, que sin estas palabras pero con ese sentimiento lacerante, percibe como la muerte de la gran estrella de cine lo afecta de una manera insólita. Sin necesidad de palabras, una comunidad instantánea vive —de un solo golpe— las revelaciones en cadena que notifican las dimensiones de la tragedia. A los cuarenta años de su edad, Pedro Infante es un símbolo y es una realidad primordial del tiempo en que la industria filmica es bastante más que un entretenimiento: las horas y los años invertidos en las salas de cine urbanas o sus equivalentes regionales son datos centrales de su existencia. Lo ocurrido el 15 de abril es un acontecimiento irrefutable: la educación de los sentimientos y una parte de las visiones insustituibles del mundo dan comienzo al iniciarse la película.

Antes, han conmovido intensamente dos fallecimientos: el de Blanca Estela Pavón (1949) y el de Jorge Negrete (1953), pero el duelo perdurable de la ‘Nueva Gran Familia Mexicana’ es en honor de Pedro Infante, ¿Adónde vas que más valgas?. Y esta ‘Nueva Gran Familia’, tan dependiente del cine en sus nociones de lo íntimo y lo público, se cimbra ante la noticia: “Ha muerto Pedro Infante. El ídolo, el novio ideal, el Querido Amigo, el pariente, el Mexicano-que-nunca-va-a-dejar-de-serlo

El sitio del accidente es un a ciudad de 125 mil habitantes. Un vecino, Rubén Canto Sosa —entrevistado por Roberto Cortés Reséndiz y Gilberto Torres Gutiérrez en su excelente reportaje Pedro Infante. El hombre de las tempestades, Editora La Prensa, 1993—puntualiza lo que en Mérida se repite desde aquel día, el comentario que una hora después de remitido retorna como saber generacional

‘!Fue espantoso aquello!. Nos quedamos sin luz cuando el avión que caía rompió los cables. Se suspendió el servicio de camiones y tampoco había agua, debido a que muchos de los peces que traía el avión cayeron a los pozos y el líquido quedó insalubre.

Aquí, en el lugar del accidente, se hacían grandes homenajes en el aniversario de la muerte de Pedro Infante. Pero ahora que se construyó un monumento para perpetuar la

memoria del autor, en un lugar llamado Las cinco calles, han disminuido las grandes concentraciones en la celebración’.

Una joven de 18 años que iba a ser misionera presbiteriana, Ruth Cha, fallece a causa de la gasolina ardiendo. Doña Esther, su madre, relata la tragedia:

‘Oí el gran ruido y ví las enormes llamas, Enseguida pensé que mi hija estaba tendiendo ropa, pero no imaginé que le hubiera sucedido algo malo. Sin embargo,, corrí al fondo del patio para asegurarme de que se encontraba bien y la encontré toda quemada. Murió pronto’

Luego la señora le cuenta a Cortés y Torre el impulso de la solidaridad:

‘Recuerdo con agradecimiento que me regalaron mucho dinero todo tipo de personas. Me daban el pésame y hasta lloraban conmigo por la muerte de mi hija. Me dejaban monedas y también billetes de a peso, de aquellos pesos que circulaban entonces”.